

Por una asociación de los topos

Klaus Klamm

Publicado en *Communaut*, 20 marzo 2022

Traducción: Etsai

Las siguientes reflexiones sobre la desintegración del movimiento obrero y la erosión de la teoría revolucionaria deberían ayudar a situar el debate sobre la estrategia sobre una base algo más sólida. El conocimiento de por qué el movimiento, la organización y la estrategia se desintegraron juntos abre una comprensión del presente y sus tareas.

Cuando Karl Marx y Friedrich Engels escribieron el *Manifiesto del Partido Comunista* a mediados del siglo XIX, todo parecía tan claro como el agua. "La sociedad entera se está dividiendo cada vez más en dos grandes campos hostiles, en dos grandes clases directamente opuestas entre sí", escribieron ambos, estableciendo la narrativa para las generaciones venideras: La caída de la burguesía y "la victoria del proletariado son igualmente inevitables". El plan estaba claro, el camino trazado: La masa de pobres desgraciados se organiza para instaurar finalmente el comunismo tras una historia de luchas de clases en la batalla final. Bien está lo que bien acaba.

Pero también se encuentra ya en Marx y Engels la advertencia de la "decadencia común de las clases combatientes", que ganó en persuasión con la carnicería de las dos guerras mundiales. La oposición ortodoxa se aferró a una imaginaria invariabilidad del marxismo tras la catástrofe del fascismo y el estalinismo; los herejes marxistas, mientras tanto, empezaron a cuestionarlo todo. Sin embargo, tuvieron que pasar muchos años antes de que se escenificara públicamente el alejamiento de la izquierda de la clase obrera. Este alejamiento pareció encontrar su confirmación en la posguerra en la desaparición del movimiento obrero tradicional y del medio proletario.

La eliminación del potencial proletario se convirtió en un lugar común en considerables sectores de la izquierda moderna. Hace apenas diez años, uno era considerado un nostálgico cansado del mundo si hacía hincapié en el concepto de clase para comprender el mundo y su transformación radical. En vista de la devastación social tras el crack financiero de 2008, de las enormes oleadas de lucha a partir de 2011, pero también de los éxitos electorales de los partidos de derechas en los círculos de la clase obrera, desde entonces se ha iniciado un contramovimiento político: Cada vez más izquierdistas volvieron a la clase, pero los debates sufren de puntos ciegos hasta la distorsión sin concepto del concepto de explotación y clase en otro eje de discriminación. Una tarea importante de los dispersos círculos comunistas es realizar aquí un trabajo de limpieza discursiva.

A las secciones pro lucha de clases de los radicales les gusta captar el movimiento obrero en sus momentos más heroicos, según su color en el movimiento soviético de los años 20 en Alemania, la guerra civil en España a partir de 1936, o las luchas fabriles en Italia en los años setenta. Buscan los errores que condujeron a la derrota en los respectivos ciclos y que se quieren evitar astutamente en el futuro. Los despreciadores de la clase, por otro lado, niegan inmediatamente a estas luchas cualquier potencial de ruptura del sistema y quieren que se entiendan sólo como movimientos modernizadores del propio capital; en su concepción, los trabajadores son meramente un componente variable del capital.

Estas dos narrativas –cada una de las cuales capta un lado del desarrollo histórico en términos absolutos– se contraponen aquí a una historia de la desintegración del viejo movimiento obrero, que se fundamenta tanto en sus derrotas como en sus éxitos, que debe entenderse, por tanto, como un fracaso de la estrategia y la organización radicales y, al mismo tiempo, como un movimiento exitoso por una vida mejor. Esto quiere desarrollarse a una altura un tanto vertiginosa, pero puede ayudar a afinar y señalar conexiones: Si bien puede haber aspectos de una estrategia revolucionaria enterrada que deben ser desvelados, también hay una grieta irreversible que atraviesa la historia y que hace que las esperanzas de un retorno de los viejos modelos parezcan absurdas.

El tema: integración, disolución, desintegración

La larga historia en la que el viejo movimiento obrero se abrió paso en la sociedad burguesa tiene lugar institucionalmente con la transición de un Estado de intereses particulares a un Estado del capital, que eleva la seguridad social y el reconocimiento político de los proletarios a uno de sus fines. Es la historia del Estado del bienestar, de los sindicatos y de la socialdemocracia, en el curso de la cual los órganos autónomos de autoayuda del movimiento obrero, que antes también habían favorecido materialmente la solidaridad dentro de la clase, fueron sustituidos por el Estado y las instituciones paraestatales.

Hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, esta incorporación se logró mediante una mezcla de concesiones, movilización ideológica y represión. Mientras que en Alemania el nacionalsocialismo aplastó los restos del movimiento obrero ya integrado, en Suiza los Burgfrieden, con pocas excepciones, dieron lugar a una subordinación voluntaria. Situar la traición de la dirección del partido socialdemócrata –demostrada por la aprobación de los créditos de guerra en vísperas de la Primera Guerra Mundial– como origen de la integración nacional no viene al caso: Mientras se aplastaban las tendencias radicales, importantes sectores de la clase obrera conseguían una vida mejor, así como el reconocimiento político en el Estado-nación. Esto sugirió una integración de sus instituciones, que puede observarse idealmente en Suiza, que no experimentó ni la guerra ni el fascismo. Pero esto plantea serios interrogantes a las organizaciones que aspiran a tener una base de masas y una representación política a lo largo de los ciclos de lucha. ¿Cómo oponerse al curso histórico en el silencio del cementerio sin perder influencia como facción interna o como organización entera?

La conciencia y la práctica social de los trabajadores, después de todo, con excepciones temporales y los flecos radicales, no querían encajar del todo con lo que los comunistas habían imaginado como la conciencia de clase y la "esencia" de los proletarizados. Por supuesto, no se puede escribir una historia de la integración del movimiento obrero sin su expresión institucional y, por tanto, sin su liderazgo y sus debates. El comunista de consejos holandés Anton Pannekoek señaló acertadamente la especial conciencia e interés de los cuadros profesionales de partidos y sindicatos. En esta determinación, sin embargo, no hay que detenerse malamente voluntarista, puesto que en el comportamiento de la clase así como en el desarrollo social –principalmente económico– ya está preformado qué posiciones se vuelven dominantes en las organizaciones. Así, críticos clarividentes de los bolcheviques, como el comunista del consejo Otto Rühle, ya reconocieron tempranamente que su modelo de partido centralista-autoritario era apropiado para la lucha contra el zarismo y las condiciones subdesarrolladas de Rusia. Del mismo modo, con respecto a la socialdemocracia, habría que preguntarse al menos si su concepción y orientación hacia el parlamento y los sindicatos no estaban *objetivamente* configuradas para la tarea de integrar primero a la clase obrera a nivel nacional en el capitalismo naciente.

Esta integración, inicialmente precaria, se completó en la Edad de Oro posterior a la Segunda Guerra Mundial. El auge europeo abrió una perspectiva de aumento del nivel de vida y de la seguridad social

para los trabajadores. Las enormes tasas de beneficios hicieron posible una rápida acumulación, con cada vez más dinero acabando en los bolsillos de los proletarios. Podían pasar de pobres desgraciados a respetables ciudadanos con coches, frigoríficos y lavadoras. El Estado del capital parecía emanciparse completamente de las clases, ya que la administración del emplazamiento nacional, además de la participación de las antiguas organizaciones obreras, incluía también la ampliación de la seguridad social de los proletarios; la represión podía desvanecerse en un segundo plano. Los restos de la conciencia proletaria fueron desplazados por la mentalidad del consumidor y del ciudadano, las comunidades proletarias se disolvieron en la sociedad de masas capitalista. La socialdemocracia se transformó finalmente en un partido popular, compitiendo con sus rivales políticos por el favor de diversos segmentos del electorado. Este periodo histórico es central si queremos hablar hoy de las "organizaciones relevantes de la clase", tal y como se describen en el texto ¿Qué hacer en tiempos de debilidad? (de aquí en adelante: texto sobre la debilidad).

Aunque el entorno obrero nunca fue homogéneo, en su día ofreció a la identidad un punto de referencia práctico con sus instituciones educativas, clubes deportivos, grupos de canto y pubs; era algo así como su propia sociedad dentro de la sociedad. Fue aquí donde la socialdemocracia pudo florecer históricamente. No sólo ha desaparecido el entorno, sino que la integración de su expresión institucional ha destruido hace tiempo el soporte político-organizativo sobre los ciclos de lucha y la fragmentación de la clase. Ni el ambiente ni el partido volverán en su antigua forma. La socialdemocracia ha cumplido su tarea histórica convirtiéndose en un partido estatal y haciendo superfluo el ambiente que le dio origen. Pero si no se quiere simplemente identificar vagamente la antigua forma de partido con el compromiso, la democracia interna o el permiso de las facciones, se llega rápidamente a cuestiones estratégicas: por ejemplo, cómo debe ser la relación con los sindicatos, con las instituciones democráticas o con los socios de la alianza. Las respuestas a estas preguntas, sin embargo, se reflejan en términos organizativos. Deben realizarse en relación con las condiciones actuales, que tienen poco en común con las que encontraron nuestros antepasados revolucionarios.

Dependiendo de la perspectiva y del país, la constelación relativamente estable de la edad de oro persistió hasta el movimiento social en torno al famoso 1968, hasta la dislocación económica de 1973 o hasta los ataques políticos de los años ochenta y noventa. En los recortes de las décadas siguientes, los sindicatos y los partidos socialdemócratas sufrieron un descenso masivo de afiliados. Ya no podían mantener sus promesas de una vida mejor bajo el capitalismo, que estaban ligadas al ciclo económico. La llamada lealtad de los votantes se rompió desde abajo, y los sociólogos descubrieron la cuestión cultural como determinante político. Mientras el panorama político se volvía difuso, el curso del mundo evolucionaba de forma aterradora: la escasez de recursos y el calentamiento global forman el telón de fondo material sobre el que se despliega la emergencia del capital. Este es el estado altamente frágil en el que estamos llevando a cabo el debate, y se ha vuelto aún más frágil y dinámico después de 2008 y en la pandemia. No es de extrañar que esperemos al menos certezas teóricas. Éstas pueden ser alcanzables en relación con los debates históricos, pero poco pueden decirnos sobre el presente.

Si las condiciones que constituyeron el punto de partida del movimiento obrero en Europa y dieron origen a las asociaciones proletarias –salarios de hambre, inseguridad, trabajos sucios, exclusión política– regresan, serán sin embargo algo muy diferente: la subordinación digital y la devaluación del trabajo, la división sistemática de la clase en núcleos altamente integrados y márgenes físicamente excluidos, los sofisticados aparatos globales y nacionales de integración y represión, el desmembramiento político del mercado mundial desplegado son sólo algunos de los gigantescos cambios que separan abruptamente nuestro mundo del de la 2ª y 3ª Internacionales. El propio movimiento no podrá volver en la forma antigua en los países de habla alemana, aunque sólo sea por falta de fábricas. Pero primero hay que investigar sistemáticamente lo que esto significa para la

estrategia y la organización. Esto, sin embargo –y éste es probablemente el quid de nuestro debate–, sólo quedará realmente claro cuando la propia resistencia en movimiento haya desarrollado prácticas y formas claramente perfiladas: El histórico debate sobre la huelga de masas de finales del siglo XIX estalló porque las masas siguieron produciendo esta forma de lucha a escala internacional.

Esto no significa que no podamos tener un debate sobre la estrategia, pero mientras estemos en la oscuridad, no deberíamos comprometernos con una forma demasiado específica. Tampoco deberíamos renunciar apresuradamente a organizarnos en torno al trabajo teórico, cuya influencia no podemos medir con precisión, pero que es necesario por poco que sea. En este contexto, el término "partido" suena discordante, sobre todo porque denota algo tosco y bastante indeterminado. No deberíamos intentar compensar esta falta de conocimiento aferrándonos a las formas tradicionales, sino organizando el trabajo teórico de una forma más vinculante. Esto golpea a ambos intérpretes del debate: Felix Klopotek, que en una retrospectiva acogedora imagina que de repente todo el mundo haría lo correcto en las batallas. Esto ni es históricamente fiable, ni captaría el presente, si fuera correcto. Sin embargo, en el posicionamiento seguro de sí mismo se encuentran también los autores del texto de la debilidad que quieren explicar el éxito de la socialdemocracia sobre todo a partir de su forma y luego repetirlo. En lugar de ello, hay que captar la producción mutua –y por tanto también la caída común– de movimiento y organizaciones, tal como aparece en el texto sobre la debilidad a veces en la discusión detallada sobre socialdemocracia y bolcheviques, pero luego se vuelve a hacer caja con respecto a un posible movimiento y organización en la actualidad.

La Teoría: Movimiento, estancamiento, dogmatismo

Los restos comunistas se encuentran ante los escombros del antiguo movimiento obrero y del antiguo entorno proletario. Su integración y desintegración ha dañado también a la teoría revolucionaria, que no puede existir sin una reflexión constante sobre la práctica militante de la clase. El hecho de que nuestro medio social-revolucionario consista en círculos dispersos que realizan principalmente trabajo teórico tiene su razón no sólo en su debilidad, sino también en las deficiencias del análisis –también transmitido: una comprensión del desarrollo de la crisis, de la composición de clase o de los virajes políticos tendría que constituir la base de una discusión estratégica y de esfuerzos organizativos que sólo podrían ser realmente relevantes en la práctica en ciclos de lucha.

Esta mediación ha resultado difícil una y otra vez en la historia del movimiento revolucionario, incluso cuando seguía cambiando el mundo y creando así un bucle de retroalimentación. Aquí sólo se desarrollará un esbozo de las condiciones de decaimiento de la teoría y un programa de trabajo. En el proceso, surgen inevitablemente muchas preguntas. No es un reproche acertado afirmar que las preguntas críticas deben traer consigo una serie de proposiciones, como aparece en el texto sobre la debilidad. Por un lado, es posible que ciertas cuestiones no estén aún decididas. Por otra parte, las preguntas y su debate también pueden ayudar a fundamentar mejor una posición que se cree precipitadamente en terreno sólido.

La autocrítica del movimiento comunista ya tenía exponentes conocidos en los años veinte: Karl Korsch y Georg Lukács presentaron en sus obras una crítica del rígido marxismo oficial. Sobre todo, Korsch, comunista de consejos, exigía que la propia teoría se entendiera en su historicidad, que se había quedado rezagada con respecto al desarrollo social real y se había osificado hasta convertirse en dogma. Pasó aproximadamente otra década antes de que el marxismo ortodoxo fuera sustituido en Frankfurt por la investigación de las causas de la integración y la derrota permanente. La temprana Teoría Crítica de Theodor Adorno, Max Horkheimer y Herbert Marcuse ha cobrado importancia como

teoría de la derrota, que estudiantes como Hans-Jürgen Krahl quisieron volver a fundamentar sobre una base de clase en los turbulentos años en torno a 1968. Sin embargo, en sus intentos de reconstrucción, Krahl ya se enfrentaba a problemas que se habían agudizado aún más: A pesar del movimiento social, ya faltaban esbozos claros de un movimiento proletario antagonista. Algunos herederos de Adorno sacaron de ello conclusiones erróneas: Stefan Breuer declaró en 1976 que "la pretensión del análisis del capitalismo de Marx de ser una teoría de la época actual [sólo] podría preservarse si el marxismo se desprendiera de la teoría de la revolución". Era la contrapartida teórica a la desintegración del movimiento social, que volvió al dogmatismo en los grupos K.

Breuer representa el alejamiento de la teoría de la revolución, que en la mayoría de los casos se llevó a cabo sin apenas reflexión. Mientras que el tronco tradicional de los comunistas seguía queriendo leer la necesaria victoria de la revolución proletaria en los textos de Marx y Engels, algunos intentaban ahora simplemente lo contrario: La imposibilidad de la revolución debía deducirse de los escritos de Marx y Freud. Incluso si la crítica del valor surgida a finales de los años 80 se desmarcó de este cuadro hermético en artículos programáticos, su corriente nunca ofreció más en términos de perspectiva: en la ruptura, la afirmación de que el proceso de crisis era idéntico al proceso de constitución de la subjetividad revolucionaria se mantuvo en términos puramente formales. Lo que hoy finalmente funciona bajo el rótulo de "Nueva lectura de Marx" ha implementado –tras una fase de debates sobre la relación entre la lucha de clases y la crítica de la economía política en los años setenta– como interpretación de Marx lo que Breuer había exigido: la separación estricta de la teoría del capitalismo o, más exactamente, de la teoría del capital y la teoría de la revolución. En este proceso de desintegración, se rompió el vínculo teórico.

En el lado menos original, el de los marxistas tradicionales, todavía hoy se mantienen viejos patrones y principios: La variante izquierdista-comunista de Amadeo Bordiga de la "invariabilidad histórica del marxismo" desde el Manifiesto Comunista es sólo una expresión particularmente llamativa de la momificación de la teoría. Tras las experiencias del nacionalsocialismo, el estalinismo y la desaparición del viejo movimiento, las asociaciones de trajes comunistas siguen buscando en los clásicos las soluciones a las cuestiones de la humanidad hasta principios del siglo XX, que ni siquiera su improvisada modernización puede ocultar. Es cierto que en la ávida discusión sobre la Revolución Rusa queda claro a qué corriente política se pertenece: entre la sustitución de los consejos de fábrica por comisarios y el XX Congreso del Partido del PCUS se sitúan acontecimientos que constituyeron corrientes enteras. Pero lo que falta es darse cuenta de que el análisis y la programática descansan sobre una base social que pertenece al pasado: en lugar de la proletarización de los campesinos, hoy se escupe a proletarizados que ya no tienen perspectiva de subsistencia. En lugar del zarismo, se oponen a la emancipación sofisticados mecanismos de integración democrática. En lugar de prever la modernización en planes decenales, tendremos que hacer frente a una catástrofe climática a gran escala, mientras que las regiones devastadas del mundo necesitarán ingentes cantidades de recursos.

El bolchevismo era apropiado para la situación del momento, pero la situación probablemente no era apropiada para un proyecto comunista. Así pues, la revolución quedó defraudada de su objetivo, y la teoría de los bolcheviques se transformó visiblemente en la ideología legitimadora de un gigante estatal. El papel de los países más desarrollados, donde la revolución no llegó a materializarse, es controvertido. En los círculos comunistas de izquierda, es cierto que Hermann Gorter, como representante de los "radicales de izquierda" en Alemania, tenía razón frente a Lenin cuando criticaba la orientación hacia los campesinos, los sindicatos y el parlamento. Hoy, sin embargo, las posiciones tendrían que justificarse de forma muy diferente. Cuando el texto sobre la debilidad habla de "organizaciones relevantes de la clase", uno tiene que preguntarse: ¿Cuáles? Hasta ahora no se ha

nombrado ninguna, pero sólo una definición concreta permitiría un debate significativo. Lo mismo ocurre con el sujeto de la revolución o el objeto del partido: el proletariado.

Pues incluso el sujeto revolucionario potencial, que o bien lo hace todo bien automáticamente o bien debe organizarse en el partido, es apenas reconocible. Así, en el alejamiento de la izquierda del gran sujeto histórico "proletariado", aparece un momento de desarrollo real, como es habitual en la ideología. En este país, incluso la determinación objetiva se ve tangencialmente afectada por los cambios históricos: Aunque la sociedad sigue estando formada por explotadores y explotados, y cada año se critica la creciente desigualdad en la distribución de la riqueza, el panorama se caracteriza por una confusa multiplicidad de posiciones de clase y fragmentaciones. La fragmentación por sujeto, renta, género, situación laboral y nacionalidad puede cimentarse teóricamente y –exclusivamente– en la perspectiva de superarla, pero la fragmentación socava a fondo la articulación de un interés común, sobre todo cuando las migajas se hacen más pequeñas pero el núcleo de las fuerzas laborales nacionales puede aspirar a privilegios. Aunque los izquierdistas empezaron a alinearse con pequeños grupos más homogéneos, aún queda mucho por aclarar desde una perspectiva revolucionaria.

La clase está desapareciendo de la conciencia social no sólo como ámbito sino también como concepto, de modo que sólo desempeña un papel perceptible en situaciones excepcionales o marginales. En su lugar, no sólo se está imponiendo el desplazamiento del antagonismo de clase por la política parlamentaria de reparto y, finalmente, la incorporación al colectivo de la ubicación nacional, sino también las luchas *dentro* de la clase. Así que una pregunta para una organización vinculante sería: ¿a quién se dirige y con qué medios? Esto llega hasta cuestiones de tecnología y estética. Pero lo más importante es que una asociación vinculante tendría que tomarse en serio el retroceso del mercado mundial, las instituciones supranacionales y la formación nacional, y también tendría que establecerse desde el principio en términos organizativos a escala internacional. A ello obliga ya la amenazante catástrofe climática con sus previsibles consecuencias sociales.

Al mismo tiempo, nos enfrentamos a un estrangulamiento latente del capital, que actualmente se está aliviando gracias a la intervención masiva del Estado, pero que sólo se resolverá con un gran estallido devaluatorio –que acabe con los valores inflados del capital, la quiebra de importantes bancos y corporaciones– y la consiguiente devastación social. La histórica y reciente "suma y violenta igualación" (Marx) de las contradicciones no presagia nada bueno: Después de 2008, la crisis se había extendido del mercado inmobiliario estadounidense al desastre mundial y se había traducido en diversos fenómenos: entre ellos, la devastación social en Grecia, la escalada militar en Ucrania y el ascenso de figuras aterradoras de la derecha en todo el mundo. Con este telón de fondo, sin embargo, los movimientos de huelga y protesta también habían empezado a crecer masivamente. Antes del Corona, hubo de nuevo una oleada de luchas al ralentizarse el crecimiento económico. Con la pandemia propiamente dicha, las luchas proletarias se intensificaron una y otra vez en todo el planeta.

Lo primero que saltó a la vista fue que, salvo algunas excepciones, los consejos (obreros) no hicieron su reaparición, sino que las luchas consistieron principalmente en ocupaciones de plazas con asambleas generales. Esto debe verse como expresión de un cambio en la constelación de la clase –lo primero que destaca es la fuerte fragmentación y la separación física parcial de los medios de producción– que se reflejó a nivel "programático" en una cierta perplejidad: en lugar de una apropiación de los medios de producción, muchos esperaban algo así como una "democracia real" o cosas nebulosas similares. Como tesis de trabajo, todavía se puede responder a esto con el concepto de consejos, ya que no conocemos otras formas a partir de luchas más cercanas al presente. Pero hay que señalar que, evidentemente, en las recientes luchas en el frente de clase han prevalecido naturalmente otros medios de comprensión y de lucha. Queda por ver en qué formas podría expresarse un movimiento de escalada y generalización,

que necesariamente debe abarcar a los excluidos y a la producción, si es que la revolución social ha de servir de algo.

En lo que respecta a las luchas internacionales, así como a las luchas defensivas locales, primero habría que comprender lo que está ocurriendo. En la investigación es importante evitar dos callejones sin salida: Por un lado, el juicio según los esquemas tradicionales, de modo que todo lo nuevo pueda entenderse siempre sólo como una desviación del camino correcto –la teoría sin experiencia es dogmatismo. Por otro lado, la aceptación de cada nueva tendencia como el fantástico sustituto de formas de autoorganización que han sido descartadas por obsoletas– la experiencia sin teoría carece de concepto. Los debates sobre las huelgas de masas entre los sindicalistas o en la socialdemocracia alemana a principios del siglo XX se basaban en experiencias concretas con huelgas de masas. Y la atención a los consejos obreros también se desarrolló porque, con las convulsiones revolucionarias en torno a 1905 en Rusia, se convirtieron en una forma natural. Hoy en día, cuando se habla de huelgas y disturbios, pero también de asambleas plenarias y ocupaciones de plazas, hay que basarse en acontecimientos y movimientos muy diferentes, de los que podrían derivarse conclusiones, estrategias, pero también formas organizativas adecuadas. Mientras que las condiciones objetivas piden a gritos una ruptura radical, la cuestión del sujeto sigue teniendo ante todo una respuesta negativa: Ni el viejo movimiento volverá, ni el agente proletario del cambio puede haberse desintegrado en una completa heterogeneidad.

Quizás, con toda modestia, lo único que queda por decir por el momento es que deberíamos llevar a cabo un trabajo teórico más sistemático. Deberíamos ponernos de acuerdo sobre qué formas organizativas son las adecuadas para vincular la teoría y esclarecer la práctica. Para ello, habría que formular primero algunas preguntas: ¿Dónde se articula en las luchas –posiblemente de forma implícita– la necesidad de acabar con toda la porquería de siempre? En otras palabras, clásicamente hablando, ¿plantear la cuestión de la propiedad? ¿Dónde podría una perspectiva conectar y generalizar con la cuestión de clase? ¿Dónde chocan los movimientos y las luchas con las exigencias del capital? En otras palabras, ¿dónde entran objetivamente en conflicto con lo existente y no pueden integrarse sin más? Y, posiblemente central para nosotros: ¿Cómo tenemos que asociarnos para poder hacer el trabajo del topo de forma dirigida?